

De las ideas eurocéntricas a la construcción del espacio africano

Stella Maris Shmite

Resumen

El propósito de este artículo es realizar un análisis de la inserción de África negra, también denominada África subsahariana, en el sistema capitalista mundial. La propuesta incluye dos variables de análisis. Por un lado, plantear el análisis de esta unidad regional desde argumentaciones teóricas actuales (como la teoría poscolonial y la teoría del sistema-mundo) y, por otro lado, tratar de mostrar la transposición de las ideas (los saberes eurocéntricos de la sociedad liberal europea) en la organización del espacio, para demostrar cómo el espacio africano fue moldeado por factores externos.

Palabras clave: colonialismo, eurocentrismo, Teoría del Sistema Mundo, Teoría Poscolonial, globalización.

From Eurocentric ideas to the construction of African space

Abstract

The aim of this article is that of analysing the insertion of black Africa –also called Sub-Saharan Africa– into the world capitalist system. Two variables of analysis are involved in the proposal. On the one hand, to present the analysis of this regional unit from the standpoint of present-day theoretical methods of argumentation (such as postcolonial theory and world-system theory) and, on the other, to display the transposition of ideas (European liberal society's Eurocentric knowledges) into space organization, in order to show how African space was moulded by external factors.

Key words: colonialism, Eurocentrism, World-System Theory, Postcolonial Theory, globalisation.

Introducción

La historia mundial se ha caracterizado por el desigual desarrollo de las regiones; sin embargo, es en la era moderna cuando la creciente polarización se transforma en una de las consecuencias de la integración del mundo bajo el sistema capitalista. Según Samir Amin (1999), en la evolución del modo de producción capitalista, se distinguen cuatro etapas:

* La forma mercantilista (1500-1800), es anterior a la revolución industrial, fue estructurada por la hegemonía del capital mercantil a partir de los centros atlánticos dominantes en correlación con las zonas periféricas.

* El modelo clásico (desde 1800 hasta la Segunda Guerra Mundial) que surgió de la revolución industrial y definió las formas básicas del capitalismo. Las periferias siguieron siendo rurales, no industrializadas, y su participación en la división internacional del trabajo se articuló en función de la producción agraria y minera. Paralelamente, en el centro del sistema, se desarrollaron sistemas industriales fuertemente ligados a los estados nacionales burgueses. Estas dos características explican las líneas dominantes de la ideología de la liberación nacional como un reto frente a esta polarización, cuyos objetivos eran: considerar la industrialización como sinónimo de progreso y construir Estados-nación inspirados en los países del centro. Es de esta forma como se concibió la ideología de la modernización.

* El período de posguerra (1945-1990) que se caracteriza por la progresiva erosión de las dos características mencionadas. Es en este período cuando se industrializan las periferias, en un proceso que resulta muy desigual, acompañado por el movimiento de liberación nacional que aceleró el proceso de industrialización en los estados recientemente organizados, en pos de la ideología de la modernización.

* El período más reciente (a partir de 1990) que se caracteriza por el colapso del equilibrio típico del sistema mundial de posguerra.

El análisis de la evolución y las formas de inserción de África negra, también denominada África subsahariana, en el sistema capitalista mundial es el objetivo de este trabajo. Este objetivo tiene un doble sentido: por un lado, plantear el análisis de esta unidad regional desde argumentaciones teóricas actuales (como la teoría poscolonial y la teoría del sistema-mundo); por otro lado, tratar de mostrar la transposición de las ideas (los saberes eurocéntricos de la sociedad liberal europea) en la organización del espacio, para demostrar cómo el espacio africano fue moldeado por factores externos, es decir, tratar de mostrar la articulación entre los saberes sociales gestados en la modernidad europea y las acciones desarrolladas sobre el territorio.

Se realizará una breve referencia al enfoque eurocéntrico y a los fundamentos teórico-metodológicos de la teoría poscolonial y de la teoría del sistema-mundo, para pasar a desarrollar luego una mirada 'desde África', tomando como referencia autores como S. Amin, I. Wallerstein, P. Gonzalez Casanova, U. Bekc, Sami Naïr e Ignacio Ramonet, entre otros.

Un marco teórico-metodológico para abordar el análisis de África

Superar el eurocentrismo

En Europa, el proceso que culminó con la consolidación de las relaciones de producción capitalistas y el liberalismo tuvo dos dimensiones:

- * Una dimensión colonial/imperial de conquista y/o sometimiento de otros continentes y territorios por parte de las potencias europeas.
- * Una dimensión interna que significó una lucha civilizatoria que terminó por imponer la hegemonía del proyecto liberal.

En el marco de esta segunda dimensión, durante los siglos XVIII y XIX, la sociedad europea experimentó extraordinarias transformaciones: la ruptura de las formas tradicionales de vida campesina y el pasaje al proletariado industrial. Tales transformaciones fueron ampliamente resistidas, tanto en las ciudades como en el campo, en diversas partes de Europa y, particularmente, en el Reino Unido.

Las ciencias sociales se originan en este particular contexto, toman como fundamento estas nuevas condiciones sociales que se crearon cuando el modelo liberal de organización de la propiedad, del trabajo y del 'tiempo' productivo, dejan de aparecer como una modalidad civilizatoria enfrentada a otra modalidad (la tradicional campesina) y adquieren hegemonía como la única forma de vida posible. De este modo, cuando se diluyen las resistencias, este modelo de sociedad liberal se 'naturaliza'.

La 'superioridad evidente' de ese modelo de organización social –y de sus países, cultura, historia y raza– queda demostrada tanto por la conquista y sometimiento de los demás pueblos del mundo, como por la 'superación' histórica de las formas anteriores de organización social, una vez que se ha logrado imponer en Europa la plena hegemonía de la organización liberal de la vida sobre las múltiples formas de resistencia con las cuales se enfrentó [...] Es éste el contexto histórico-social del imaginario que impregna el ambiente intelectual en el cual se da la constitución de las disciplinas de las ciencias sociales. Esta es la 'cosmovisión' que aporta los presupuestos fundantes a todo el edificio de los saberes sociales modernos. Esta cosmovisión tiene como eje articulador central la idea de 'modernidad'. (Lander 2003: 22)

La modernidad presenta cuatro dimensiones básicas interrelacionadas:

- * La visión universal de la historia asociada a la idea de progreso (a partir de la cual se clasifican y jerarquizan todos los pueblos y continentes).
- * La 'naturalización' (aceptación) de la sociedad liberal capitalista.
- * La aceptación de las múltiples separaciones propias de esa sociedad (clases).
- * La 'necesaria' superioridad de los saberes (científicos) que produce esa sociedad liberal sobre todo otro saber.

Tal como lo afirma I. Wallerstein (en el Informe Gulbenkian): “[...] las ciencias sociales se constituyen como tales en un contexto espacial y temporal específico: en cinco países liberales industriales (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos) en la segunda

mitad del siglo pasado” (Lander 2003: 23). Hay dos supuestos destacados desde el origen de las ciencias sociales. Uno es la idea de que todas las culturas y todos los pueblos evolucionan linealmente desde lo primitivo a lo moderno. Así, la sociedad industrial liberal es la expresión más avanzada de ese proceso, se define como la ‘sociedad moderna’. Por lo tanto, la sociedad liberal es el único futuro posible de todos los pueblos. El otro supuesto se basa en el carácter universal de la experiencia histórica europea, donde las formas de conocimiento alcanzadas se convierten en las únicas formas válidas, objetivas y universales de conocimiento. Se transforman en proposiciones normativas que definen el ‘deber ser’ para todos los pueblos del planeta. Estos saberes se transforman en los patrones que rigen la interpretación de las ‘otras’ sociedades.

Esta es una construcción ‘eurocéntrica’, que piensa y organiza a la totalidad del tiempo y del espacio, a toda la humanidad, a partir de su propia experiencia, colocando su especificidad histórico-cultural como patrón de referencia superior y universal. Pero es más que eso. Este metarrelato de la modernidad es un dispositivo de conocimiento ‘colonial e imperial’ en que se articula esa totalidad de pueblos, tiempo y espacio, como parte de la organización colonial/imperial del mundo. Una forma de organización y de ser de la sociedad, se transforma mediante este dispositivo colonizador del saber en la forma ‘normal’ del ser humano y de la sociedad. Las otras formas de ser, las otras formas de organización de la sociedad, las otras formas de saber, son transformadas no sólo en diferentes, sino en carentes, en arcaicas, primitivas, premodernas. Son ubicadas en un momento ‘anterior’ del desarrollo histórico de la humanidad. Existiendo una forma ‘natural’ del ser de la sociedad y del ser humano, las otras expresiones culturales diferentes son vistas como esencial u ontológicamente inferiores e imposibilitadas por ello de llegar a ‘superarse’ y llegar a ser modernas (debido principalmente a la inferioridad racial). Los más optimistas las ven como requiriendo la acción civilizadora o modernizadora por parte de quienes son portadores de una cultura superior para salir de su primitivismo o atraso. ‘Aniquilación o civilización impuesta’ definen así los únicos destinos posibles para los ‘otros’. (Lander 2003: 23-24)

En las últimas décadas, se han originado profundas críticas y propuestas alternativas del conocimiento de las ciencias sociales, cuestionándose particularmente, el carácter colonial/eurocéntrico de los saberes sociales. Es necesario poner en acción nuevos enfoques y aplicarlos en el análisis y la interpretación del espacio, para desarrollar una mirada del sistema-mundo que supere el eurocentrismo.

Alternativas teórico-metodológicas

Antes de pasar al estudio de la unidad espacial seleccionada (África Subsahariana o África negra), resulta necesario delinear una breve explicación de marcos teórico-metodológicos que permiten abordar con una mirada crítica (no eurocéntrica) las relaciones centro-periferia, originadas a partir del colonialismo y que prevalecen en las actuales relaciones del sistema capitalista y en la configuración de las distintas unidades espaciales, independientemente de la escala de análisis. Me refiero a la Teoría Poscolonial (TPC) y la Teoría del Sistema Mundo (TSM) (Grüner 2002), dos marcos teórico-

metodológicos que, desde perspectivas diferentes, pueden integrarse en una comprensión totalizadora de la realidad actual del sistema mundial. Ambas teorías adoptan un compromiso ético e ideológico con los marginados del sistema global en el contexto de la totalidad del sistema capitalista. No constituyen un andamiaje teórico cerrado, sino que por el contrario está sujeto a críticas y reconceptualizaciones: los autores de la TSM, por su propia formación académica (historiadores, economistas o sociólogos), suelen descuidar la dimensión filosófica dentro de sus estudios; mientras que los fundamentos de los trabajos de los autores de la TPC contienen la dimensión filosófica.

Otra crítica que se realiza a los fundamentos de la TPC es su pertenencia a los ámbitos académicos de los países centrales: sus raíces en la teoría francesa posestructuralista son objeto de duros cuestionamientos. Lo importante es poder evaluar críticamente en su totalidad los fundamentos de la TPC y dilucidar su pertenencia a una corriente verdaderamente cuestionadora de la dominación. En este sentido, es válido rescatar el análisis crítico que realizan muchos pensadores poscoloniales (W. Soyinka, C. Miller, R. Young, H. Bhabha) al pensamiento marxista, al que consideran parte de las concepciones eurocéntricas que justifican la explotación colonial y que son responsables de la construcción de “una imagen exótica y en general inferiorizada del mundo no europeo como Otro en contraste con el cual se afirma la Razón ‘superior’ de las culturas ‘desarrolladas’” (Grüner 2002: 173).

Entre los autores que han aportado elementos explicativos a la TPC se encuentran Edward Said (palestino), Homi Bhabha (paquistaní) y G. Chakravorty Spivak (indú), quienes tienen su origen en sociedades excolonizadas, aunque su formación académica corresponde a países centrales. Estos autores, según R. Young, “han posibilitado una reconceptualización radical de las relaciones entre cultura, etnicidad, nacionalidad, identidad colectiva y producción estético-literaria que tiene una decisiva importancia teórico-crítica y filosófica no sólo –aunque sí principalmente– para el análisis del mundo periférico” (Young citado en Grüner 2002: 171-172).

La TSM analiza la relación centro-periferia desde la perspectiva de la economía, la sociedad y la política en el orden mundial. Sus raíces teóricas se encuadran en las denominadas ciencias sociales y humanas, como la historia económica, la sociología histórica y la teoría política. Su campo de acción con frecuencia se extiende a problemáticas propias del sistema-mundo capitalista, de las que también se ocupa la teoría poscolonial: racismo, nacionalismo, minorías étnico-culturales, entre otras. Los autores más destacados de este enfoque teórico-metodológico son, sin dudas, Immanuel Wallerstein y Samir Amin, quienes, a través de una amplia producción bibliográfica, han elaborado las herramientas necesarias para el análisis de las etapas, períodos y movimientos de la historia del sistema-mundo, en función de las coordenadas económicas, sociales y políticas, constitutivas del poder universal de dominación del sistema.

El análisis de la evolución del capitalismo, incluyendo la variable del esclavismo (también ligada al racismo como aspecto ideológico) desde una visión eurocéntrica, implica una profunda diferencia con el análisis de la evolución del capitalismo y el rol de África, a la luz de otros supuestos teóricos-metodológicos que superan el imaginario de superioridad gestado en la sociedad moderna europea. A modo de ejemplo:

Cuando los europeos llegaron a África subsahariana, los habitantes de esa región no tenían ni maquinaria ni escritura. Cuando los europeos se fueron, la mayoría en el decenio de 1960, dejaron tras de sí centrales eléctricas, teléfonos, telégrafos, ferrocarriles, minas, plantaciones, escuelas, un servicio civil, una fuerza de policía y hacienda. (Buchanan citado en French 1998)

Estas afirmaciones de Buchanan forman parte de la visión eurocéntrica de África: un continente salvaje que fue bendecido con el don de la civilización europea.

Sin embargo, los primeros viajeros europeos que llegaron a África encontraron sociedades que, en muchos sentidos, no eran muy diferentes de las que había en su tierra natal: “En el siglo XIII, antes del surgimiento de la energía producida por la rueda hidráulica, la fundición de hierro y acero en el África occidental era similar a la de Europa. “[...] antes del siglo XV, el acero africano era similar en calidad al de Toledo.” (Hugh Thomas citado en French: 1998)

La mayoría de los expertos coinciden en que las fuerzas desatadas por la demanda europea de esclavos, oro y otros bienes africanos desestabilizaron en forma radical las sociedades, cuando ya se estaban embarcando en su propio camino de desarrollo. Afirma Basil Davison que “el comercio de esclavos transatlántico devaluó enormemente la vida humana. [...] el tráfico hizo surgir una violencia generalizada que degradó el nivel de civilización alcanzado por el África precolonial” (Davidson citado en French: 1998).

El rol de África en la conformación del sistema capitalista

Desde África hacia Europa Occidental se desarrolló una transferencia de riqueza. Esta transferencia fue posible desde finales del siglo XV, es decir cuando el comercio adquiere un carácter verdaderamente internacional: África y Europa se interrelacionan y, en forma simultánea, Asia y América. Un aspecto destacado de esta ‘internacionalización’ es que los europeos tomaron la iniciativa y empezaron a viajar a otras partes del mundo pues tenían los medios técnicos para hacerlo.

Las estrategias de comercio internacional de ese momento eran sólo conocidas por los europeos, particularmente por las naciones que hacían viajes marítimos y, por lo tanto, eran quienes controlaban el movimiento económico entre las distintas regiones del mundo. Europa tenía el monopolio del conocimiento del sistema internacional de

intercambio, de modo que podían ‘visualizar’ el sistema en su totalidad. Esta particularidad le otorgaba el poder de decisión dentro del sistema.

El poder europeo se manifestaba no sólo en el dominio del comercio internacional, sino también en la superioridad de su propio sistema productivo. El hecho de que Europa Occidental fuera la única región del mundo donde se iniciaba el capitalismo le dio a los europeos una ‘ventaja’ sobre el resto de la humanidad que se traduce en una comprensión científica más amplia del universo, el diseño de herramientas nuevas y una organización del trabajo cada vez más eficiente.

La fragmentación social existente en África fue otro aspecto importante. Sólo unos pocos Estados habían logrado solidez territorial. La organización social simple, de tipo comunal, basada en diferencias étnicas, era la particularidad de la sociedad africana, particularidad que se convierte en una debilidad con la llegada de los europeos. Las divisiones de la sociedad favorecieron la conquista durante la etapa colonial, especialmente en lo que respecta a la trata de esclavos. Era fácil para los europeos enfrentar un grupo con otro y de esa ‘guerra interna’ obtener el botín (los cautivos) para su venta (transformado en ‘mercadería’ el cautivo pasa a ser esclavo). Se inició de ese modo una particular articulación del comercio internacional con la organización existente en la sociedad africana.

La evolución histórica de África negra

El período premercantilista

En el prólogo de *El reino de Waalo* de Boubacar Barry (1972), Samir Amin analiza la articulación entre sistema-mundo y las estructuras socioeconómicas tradicionales de períodos anteriores a la colonización. Este autor afirma que el período premercantilista se extiende desde los orígenes hasta el siglo XVII. Durante esta historia tan larga, se establecen relaciones entre África Negra y el resto del mundo antiguo, en especial, a uno y otro lado del Sahara, entre la sabana (desde Dakar al Mar Rojo) y el Mediterráneo. Para esta época África no es inferior ni más débil que el resto del mundo antiguo.

Se caracterizaba por la existencia de formaciones sociales concretas, organizadas. Las formaciones africanas de esta época premercantilista son autónomas pero relacionadas con las formaciones del Mediterráneo, Asia y Europa. La zona árida, que se extiende desde las costas del noroeste africano en el Atlántico hasta Asia central, separa las tres regiones ecológicamente favorables para el desarrollo de la agricultura primitiva: Asia de los monzones, África tropical y Europa templada. De un lado y otro de la zona árida, se desarrollaron formaciones sociales autónomas, justamente debido al comercio de larga distancia que las vincula. Desde este punto de vista, el papel del comercio transahariano reviste vital importancia. Este comercio permitió que todo el mundo antiguo (mediterráneo, árabe y europeo) pudiera proveerse de oro de África hasta el

descubrimiento de oro en América. Para las sociedades de África tropical, este comercio constituirá una base esencial para su organización.

Durante siglos, las formaciones sociales del Mediterráneo y de África tropical estuvieron interactuando en forma solidaria. El desplazamiento del centro del capitalismo mercantilista europeo naciente, desde el Mediterráneo hacia el Atlántico (Europa occidental) iniciará una etapa de crisis en África. Según F. Braudel (citado por Amin en *El Reino de Waalo* 1972) este desplazamiento inicia la decadencia, en el siglo XVI, de las ciudades italianas. En la misma línea de análisis, Amin afirma que ese desplazamiento arruinará, al mismo tiempo, al mundo árabe y a África negra. La influencia de Europa sobre las costas atlánticas de África provocará una articulación de intercambios totalmente diferentes, inscribiéndose en la etapa mercantilista.

El período mercantilista

Durante el período mercantilista, que se extiende desde el siglo XVII hasta 1800, la característica destacada del espacio africano está representada por el comercio de esclavos. La trata de esclavos no sólo afecta las zonas costeras sino que se extiende hacia el interior, lo que provoca una regresión de las fuerzas productivas de África negra.

América se constituye en la periferia del centro europeo atlántico mercantilista y cumplirá una importante función en la acumulación de riqueza en manos de la burguesía comercial atlántica. África negra cumplirá una función igualmente importante, aunque podría denominarse la 'periferia de la periferia', por su rol como proveedora de mano de obra del continente americano. En esta organización del sistema, África pierde autonomía y comienza a ser moldeada por fuerzas externas, las fuerzas del mercantilismo.

La trata negrera desaparece cuando se acaba el mercantilismo, es decir, en general, con la revolución industrial. Entonces el capitalismo alcanza en el centro su forma acabada; la función del mercantilismo (la acumulación primitiva de la riqueza) pierde su rol central cediendo su lugar a la industria. La antigua periferia (América) y la periferia de la periferia (África) pasan a cumplir la función de proveedoras de productos primarios (minerales y productos agrícolas), con lo cual se establece la primera división del trabajo a escala mundial y se desarrolla la teoría del intercambio desigual. Hasta fines del siglo XIX, los países europeos disponían de medios limitados para realizar este objetivo. Es a partir de este momento cuando se comienza a organizar la exportación de capital a gran escala, lo que permitirá organizar la producción directamente en la periferia. Las inversiones se orientan a la producción requerida, con medios técnicos modernos (ferrocarril, buques, infraestructura portuaria, etc.) que favorecieron la rápida expansión del modelo de librecambio.

Hay numerosos ejemplos de 'adaptación' a este modelo de producción dentro de las sociedades africanas. Los efectos negativos que tuvo la etapa de la trata negrera mercantilista en África se están comenzando a conocer en las últimas décadas. Una de las

obras más recientes de este tipo es *El Reino de Waalo* (1972), donde Boubacar Barry describe en forma pormenorizada el desarrollo y fracaso de la colonización agrícola así como la transformación del reino.

La colonización

El reparto del continente hacia fines del siglo XIX, marca el inicio de la etapa de colonización que permitió a los colonizadores obtener los productos de exportación requeridos, a partir de la organización de la producción directamente en el lugar, y, de ese modo, explotar simultáneamente los recursos naturales y la mano de obra barata. Con idéntico objetivo en todas las regiones, se presentan variantes en este modo de explotación colonial. Las mismas se relacionan con una diversidad de causas: la nación colonizadora y su modo de acción, el tipo de explotación (minera o agrícola), la ‘adaptación’ de las sociedades locales. En todos los casos, el colonizador organizó una estructura para la producción a gran escala de productos agrícolas tropicales o productos mineros.

La economía de África negra colonial fue estructurada en función de objetivos e intereses externos. Esto se materializó en la especialización en:

- * Algunos productos de base (minerales y agrícolas) que se impuso a las colonias, y a cambio de los cuales éstas obtenían una gran variedad de productos manufacturados producidos en las metrópolis.
- * En la dependencia absoluta de las metrópolis en materia económica.
- * En la obligación de preocuparse por sí mismas, dados los escasos recursos financieros que se les concedieron: las colonias eran una inversión cuya eficiencia era proporcional a su capacidad de reducir sus costos de mantenimiento.

Bajo estas condiciones, la sociedad tradicional africana pierde totalmente su autonomía: tiene la única función de producir para el mercado internacional, en condiciones que le quitan toda perspectiva de evolución hacia la modernización. Por ello, Amin afirma que esta sociedad no está en ‘transición’ hacia la modernidad, sino que es ‘acabada’ como sociedad dependiente y periférica y, en este sentido, ‘bloqueada’. No hay sociedades tradicionales en África contemporánea: sólo hay sociedades periféricas dependientes.

Sostiene Bernard Founou-Tchuigoua (1995) que África subsahariana (como denomina este autor al África negra):

No tiene unidad económica, y jamás formó una unidad política, antes, durante o después de la colonización. [...] el despedazamiento de África en la Conferencia de Berlín en 1884, se guió por la tesis hegeliana de la no-historicidad de las sociedades africanas. En ese sentido, ciertos autores no dudan en hablar de ‘viejos pueblos’ y de naciones jóvenes. Los ‘viejos pueblos’ en cuestión no tenían empero ni la misma edad, ni características políticas idénticas. Algunos de ellos, en la selva o en el desierto de Kalahari, vivían en pequeñas comunidades sin haber franqueado la edad de bronce, mientras que la mayoría vivía en comunidades aldeanas estables, ya sea en Estados o en imperios. Estos últimos se habían desarrollado en particular en zonas de sabana del Norte y del Sur, y en las zonas costeras, sobre todo a partir del siglo XVI. Todos estos imperios se vinculaban con el mundo árabe, con Europa y con Oriente mediante el comercio lejano. (Founou-Tchuigoua 1995: 142)

¿Independencia de los países africanos?

Cuando logran su independencia, la mayoría de los países africanos estaban convencidos de que no podían construir nada a partir de su pasado y adoptaron modelos occidentales para organizar su futuro desarrollo. Así, el modelo de Estado-nación fue adoptado pues parecía haber proporcionado la estructura necesaria para el avance económico en los países europeos.

A finales del siglo XIX los poderes europeos habían dividido el África en más de cincuenta colonias diferentes, bajo el mando británico, francés, belga, italiano, español, portugués o alemán. Las fronteras se trazaron desde un punto de vista muy arbitrario entre los distintos poderes, para incorporar áreas del interior a las que acceder desde algún puerto o estación principal u otro centro de importancia económica. Cada territorio adoptó la lengua, leyes y prácticas comerciales del poder colonial. Cuando llegó el momento en que los países centrales concedieron la independencia a sus colonias, las cedieron una a una a sus sucesores como nuevos estados. Muchos de ellos se establecieron como ‘nacionalistas’ en luchas por la liberación nacional; lo primero que tuvieron que hacer cuando alcanzaron el poder fue dedicarse a la construcción de la nación. Esto no fue fácil, ya que los estados que habían heredado incluían individuos procedentes de deferentes grupos étnicos y, al mismo tiempo, muchos de los grupos étnicos africanos más importantes estaban repartidos en diferentes estados (Barrat-Brown 1994: 432).

Las consecuencias económicas de la división colonial fueron tan importantes como las consecuencias políticas. La división de África fue inevitable y las fronteras se aceptaron en la primera reunión de la Organización para la Unidad Africana (OUA) en 1963. A partir de aquí cada Estado, con mayor o menor fuerza, logra articular un poder ligado a uno o varios grupos étnicos dominantes, siempre relacionados al antiguo poder colonial y, por lo tanto, localizados geográficamente en áreas cercanas al puerto o a la capital, donde la influencia y la riqueza favoreció la existencia de determinados grupos de poder local.

Amin (1997) sostiene que el objetivo de las políticas de desarrollo, aunque con discursos ideológicos diferentes, fue el mismo para Asia, América Latina durante la posguerra (a partir de 1948-1950) y para África (a partir de 1960, cuando la mayoría de los estados obtienen su independencia). Se trata de un proyecto nacionalista que se proponía acelerar la modernización y enriquecer a la sociedad mediante la industrialización. “Más allá de su diversidad, todos los movimientos de liberalización nacional tenían los mismos objetivos: la independencia política, la modernización del Estado y la industrialización de la economía.” (Amin 1997: 225).

La ‘modernización’ iniciada implicaba la industrialización pero también otros aspectos: urbanización, infraestructura (de transportes y comunicaciones), educación, salud, etc. Todos los movimientos de liberación compartían esta visión modernista. Un elemento ausente en este proceso es la democracia política. Todos los países de África negra

optaron por la organización política de partido único o de apoyo al líder fundador del Estado. Desde el momento mismo de la independencia, los Estados no lograron mantener su legitimidad pues varios factores coadyuvaron en esta evolución institucional descendente, cuyo problema fundamental era la incapacidad estructural de proporcionar un desarrollo equitativo. Al disminuir la capacidad de organizar el orden económico interno, distribuir el ingreso en forma equitativa, proveer de servicios adecuados, etc., la estructura del estado se debilita progresivamente.

África en el mundo actual

La economía de trata origina desequilibrios regionales profundos y configura los elementos constitutivos de la actual estructura espacial de África negra. La ‘riqueza’ de la costa (donde se instalaron las compañías colonizadoras) se contrapone a la pobreza del interior. Las inversiones en infraestructura implantadas por los imperios en las costas y extendidas la fuente de recursos en el interior, en respuesta a la concepción político-económico-ideológica del colonialismo, acrecentó los desequilibrios regionales, desequilibrios que no se han reducido hasta el presente, sino que más bien se han acrecentado.

En el plano económico, no hay dudas de que la ‘colonización’ modeló la configuración actual de África negra. Con muy pocas excepciones (Etiopía, Madagascar, Lesotho y Swazilandia), los Estados actuales son herencia de una formación social colonial. Se refleja en su conformación la organización de una economía especializada en la exportación agrominera, particularmente vulnerables, desarticuladas interiormente, con fuertes desequilibrios intraregionales e intrasectoriales, y por lo tanto muy frágiles. Se caracterizan por una productividad muy débil agudizada con una polarización social muy marcada y, por lo tanto, con una distribución también polarizada de las riquezas y fundada en alianzas de clases sociales que bloquearon el progresivo crecimiento económico en lugar de impulsarlo. Los Estados africanos y las clases dirigentes locales no estuvieron en condiciones de organizar una inserción activa en el sistema mundial.

La etapa independiente (el neocolonialismo) perpetuó las características que se forjaron en la sociedad africana entre 1880 y 1960. La dependencia económica continúa, las ideas neoliberales son las que hoy ejercen su acción en el contexto de la globalización, lo que implica una redefinición de la relación entre los países centrales y los ‘otros’, lo que lleva a un cambio del “eurocentrismo” al “globocentrismo” (Coronil citado en Lander 2003: 89).

Desde la última década del siglo XX, se intensificó la transformación del poder político y económico a escala mundial. Esta transformación incide directamente en las relaciones que se articulan entre los espacios geográficos, los mercados y la población. Todos estos cambios afectan a las naciones de diferentes maneras y con variada intensidad, transformando la articulación del espacio.

La globalización, en primer lugar, involucra estos procesos de cambio que se desarrollan desde los orígenes mismos del capitalismo y tiende a consolidar un auténtico 'mercado mundial'. Desde esta perspectiva, el proceso de globalización se asocia estrechamente con las políticas de ajuste estructural, la liberalización del comercio y la inversión extranjera, es decir, con el contexto institucional que posibilita la liberalización de las actividades de las grandes empresas transnacionales, contexto que prevalece en África (y en el resto del mundo) desde las últimas décadas del siglo pasado.

La globalización, en segundo lugar, es un 'proyecto' político, económico y cultural, que reviste el carácter de 'ideología'. Desregular, privatizar y abrir las economías a los mercados mundiales, constituyen los tres ejes esenciales que facilitan la imposición del proyecto globalizador. Este proyecto se ejecuta a través de las políticas neoliberales, la organización de una estructura global encargada del funcionamiento del comercio y una redefinición del rol del Estado-nación.

El proceso de globalización a tenido un fuerte impacto en el continente africano reafirmando los desequilibrios provocados por el modelo europeo que se estableció como superior durante la colonización-descolonización. El período poscolonial, dominado por la Guerra Fría y la intensificación de la globalización, nos deja un continente desestructurado económica y socialmente e inmerso en una serie de conflictos étnico-políticos.

Nuevas fronteras, viejas etnias

Durante los dos últimos siglos, las fronteras de África (naturales, históricas o simbólicas) no dejaron de estirarse y de contraerse. Se han desarrollado formas inéditas de territorialidad cuyos bordes no coinciden necesariamente con los límites oficiales, las normas de las estructuras feudales o las lenguas de los grupos dominantes incluidos en los Estados.

Hay diferentes posturas que explican este fenómeno. Por una parte, prevalece la idea de que las fronteras de los Estados africanos son creaciones coloniales artificiales, origen que implicaría su conflictividad. Por otra parte, en el extremo opuesto, hay quienes pretenden explicar que se estaría produciendo una suerte de integración regional 'desde abajo' al margen de las instituciones estatales, a través de solidaridades socio-culturales que atraviesan las fronteras. Ambos puntos de vista se apoyan en una visión muy reducida y simple del concepto de frontera aplicado a África, donde las complejidades étnico-culturales constituyen una variable significativa y decisiva a la hora de realizar un análisis específico de esta problemática.

A casi medio siglo de iniciadas las luchas por la liberación de las potencias coloniales, los países de África continúan hoy, más que nunca, inmersos en crisis de identidad (hay países que no han logrado construir la nación), guerra civil interna y conflictos bélicos regionales que hacen que el continente sea un rompecabezas explosivo. También es

cierto que existen algunas ‘islas de tranquilidad’ que han avanzado por el camino de la democracia y el desarrollo económico. Pero éstas son excepciones a la regla: la paz africana está lejos, para muchos es una utopía.

La realidad africana actual muestra que en la era de la globalización, la deconstrucción de los marcos territoriales existentes, la modificación de las fronteras, la creación de espacios inestables, con todas las consecuencias socio-culturales que esto implica, se desarrollan paralelamente a la transnacionalización de la economía. Este conjunto de fenómenos, intrincadamente relacionados, resulta un complejo escenario de análisis.

Es aquí, en este conjunto de variables socio-culturales, donde la teoría poscolonial tiene su campo de acción. Son estas variables las que permiten comprender la evolución y la interacción social del espacio. Dichas variables de escala local son las que, en conjunción con la escala global, brindarán las respuestas adecuadas, desde una mirada de la cultura, enmarcadas en un contexto espacial y temporal específico.

Reflexiones finales: ¿Qué teoría aplicar para analizar África negra?

Esta unidad espacial denominada África negra, cuna de civilizaciones anteriores a la griega y la romana, que proporcionó el oro necesario para el comercio medieval, la mano de obra para el desarrollo del capitalismo industrial y las materias primas para las industrias europeas, está siendo ‘marginada’, después de haber sido ‘modelada’ por los países capitalistas centrales. ¿Cómo abordar su análisis e interpretación con la mayor objetividad posible?

La articulación entre la TPC y la TSM propuesta por Grüner es conveniente –más bien, necesaria– por el potencial aumento de las argumentaciones explicativas sobre la interrelación de las múltiples variables que configuran y ‘construyen’ un determinado espacio social. Un análisis espacial desde la teoría poscolonial nos brinda una visión de cómo las formas culturales ‘reflejan’ las relaciones de subordinación y dominación entre regiones, entre naciones o al interior de las mismas, así como también, las relaciones entre razas, etnias y culturas; relaciones que se modificaron profundamente en el contexto de la historia del mundo moderno, desde el colonialismo europeo hasta la era actual de la globalización.

Este análisis multivariable desde ‘lo cultural’ no podrá dejar de lado el imprescindible soporte de la TSM, ya que ésta brinda, desde la historia, la economía y la política, el andamiaje teórico necesario para cerrar convenientemente, en escalas de tiempo y espacio, el análisis de una unidad geográfica. La carencia del soporte teórico-metodológico de la teoría del sistema mundo, implicaría el riesgo de transformar el análisis espacial de ‘lo colonial’ o derivado del colonialismo, en un concepto abstracto, sin historia. Es por ello que el conocimiento de la historia y, con mayor exactitud, la interpretación de la evolución

social, política y económica de una unidad espacial son los ejes claves que facilitan la comprensión de la articulación espacio-temporal en el presente.

Conocer el proceso histórico de construcción de un espacio (con el sustento teórico metodológico que nos provee la TSM) es la base para comprender la articulación multivariable de la acción del hombre (desde los supuestos teóricos de la TPC). No debería tratarse de una mera complementación de marcos teórico-metodológicos, sino de una interacción mutuamente influyente, que dará como resultado la necesaria interrelación de múltiples variables, cada una 'observada' desde sus distintas funciones y acciones, desde su lugar (espacio) y en el tiempo, sin perder de vista la dialéctica relación global-local.

Bibliografía

- Amin, S. (1997). *Los desafíos de la mundialización*. México: Siglo XXI.
- _____ (1999). *El capitalismo en la era de la globalización*. Buenos Aires: Paidós.
- Amin, S. & González Casanova, P. (Dir.) (1995). *La organización capitalista vista desde el Sur*. Tomos I y II. Barcelona: Anthropos.
- Barrat-Brown, M. (1994). La marginación de África. En Berzosa, C. (Coord.), *La economía mundial de los '90*. Barcelona: IICARIA-FUHEM.
- Barry, B. (1972). *Le royaume du Waalo. Le Senegal avant la conquête coloniale*. Paris: Maspéro.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización?. Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Berzosa C. (Coord.) (1994). *La economía mundial en los '90*. Barcelona: ICARIA-FUHEM.
- Davidson, B. (1966). *Madre Negra, Parte segunda: "Los años de prueba"*. Barcelona: Luis de Cerral.
- Founou-Tchuiougou, B. (1995). África Subsahariana: La cuartomundización de la crisis. En Amin, S. & González Casanova, P. (Dir.). *La nueva organización capitalista vista desde el Sur*. Barcelona: Anthropos.
- French, H. (1998). África, Occidente y la esclavitud. Diario La Nación, abril 13, p. 23.
- Grüner, E. (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.
- Lander, E. (2003). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Said, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Prodhufi.
- _____ (1997). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.
- _____ (1988). *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

Fecha de recepción: 12/07/2004 · Fecha de aceptación: 13/08/2004